

COMENTARIO DE TEXTO: NIETZSCHE

Aurora, sección 132 – Últimos ecos del cristianismo en la moral

“La compasión es lo que nos hace buenos; luego es preciso que haya algo de compasión en todos nuestros sentimientos”. Tal es la moral del día: ¿de dónde viene esto? El hecho de que el hombre que realiza actos sociales simpáticos, desinteresados, dirigidos hacia el interés común, es considerado al presente como un hombre moral, es acaso el efecto mayor, la transformación más completa que se ha producido en Europa, acaso bien a pesar suyo y sin que esta sea su doctrina. Más ese fue el residuo de los sentimientos cristianos que prevaleció cuando la creencia fundamental, muy opuesta a él y profundamente egoísta, en *la única cosa necesaria*, en la absoluta importancia de la salvación eterna personal, así como los dogmas en que se basaba esta creencia, fueron declinando, y la creencia accesoria en el amor, en el “amor al prójimo”, conforme en sus miras con la práctica monstruosa de la caridad eclesiástica, pasó a figurar en primer término. Cuanto más se separaban los hombres de los dogmas, más buscaban la justificación de su alejamiento en el culto del amor a la humanidad. La preocupación secreta de los librepensadores franceses, desde Voltaire a Auguste Comte, fue no quedarse en eso a la zaga del cristianismo; sino exagerarlo todo lo posible. Comte, con su célebre fórmula moral “vivir para los demás”, *supercristianizó el cristianismo*. Los que han dado celebridad a la doctrina de la simpatía y de la piedad o de la utilidad para los demás, como principios de conducta, han sido en Alemania Schopenhauer y en Inglaterra John Stuart Mill; pero en realidad fueron ecos, pues tales doctrinas surgieron al mismo tiempo en todas partes en formas más o menos sutiles, más o menos toscas, pero con vitalidad extraordinaria desde la época de la revolución francesa, y todos los sistemas sociales han ido involuntariamente a colocarse en el terreno comunal de estas doctrinas. Quizá no existe ahora preocupación más extendida que la de creer que se sabe efectivamente en qué consiste la moral. Se oye, al parecer con satisfacción, que la sociedad está en el camino de adaptar al individuo a las necesidades generales, y que el considerarse como miembro útil e instrumento de la colectividad forma parte de la felicidad y el sacrificio exigible a cada hombre. Sin embargo, se vacila mucho al presente sobre dónde habrá que buscar ese todo colectivo, si en el orden establecido o en el orden futuro; si en la nación o en la fraternidad de los pueblos, o bien en las nuevas comunidades económicas de reducidos límites. Sobre este punto se hacen muchas reflexiones, se vacila mucho, se lucha y se pone en ello mucha pasión; pero hay en cambio una singular y unánime armonía en la idea de que el ego debe eclipsarse hasta que se le señale de nuevo, bajo la forma de adaptación al todo, un círculo fijo de derechos y deberes, hasta que se vuelva algo nuevo y diferente de lo que es ahora. Se pretende nada menos, confiésenlo o no, que una transformación radical, una debilitación y hasta una supresión del individuo. No se cansan, los que así piensan, de ponderar todo lo que tiene

de mala, dispendiosa, lujosa, hostil y pródiga la vida individual y que se hace en el día; se espera dirigir a la sociedad a menos costo, con menores peligros y mayor unidad, cuando no haya más que un gran cuerpo y miembros del mismo. Se juzga bueno todo lo que en alguna forma corresponde al instinto de agrupación y a sus varios subinstintos. Esta es la nota fundamental de la moral contemporánea: la simpatía y los sentimientos sociales se funden con ella. (Kant está fuera de este movimiento, puesto que enseña expresamente que debemos ser insensibles respecto al dolor ajeno, para que los beneficios que hagamos al prójimo tengan valor moral); Schopenhauer llama a esto el absurdo kantiano, con una ira que en él se explica perfectamente.

TEMAS:

La compasión y el cristianismo: El texto hace referencia a algunas de las características del cristianismo (*residuo de los sentimientos cristianos*) que el humanismo ha recuperado, incluso aunque las gentes hayan dejado de creer en Dios. Especialmente le interesa analizar la compasión (*“La compasión es lo que nos hace buenos; luego es preciso que haya algo de compasión en todos nuestros sentimientos”*). Tal es la moral del día: ¿de dónde viene esto?). En realidad, si alguien deja de creer en el cristianismo, pero sigue creyendo en otros dioses (la Razón, el Progreso, la Técnica, la Compasión, el Humanismo), se sigue viviendo en una versión edulcorada del cristianismo (*La preocupación secreta de los librepensadores franceses, desde Voltaire a Auguste Comte, fue no quedarse en eso a la zaga del cristianismo; sino exagerarlo todo lo posible*). Basar la vida en la compasión, en el cálculo o en la razón sería como seguir fundando la vida sobre Dios sin Dios.

La compasión es una característica de los débiles y de la vida frustrada e incapaz de crear. Por eso (porque es inauténtica y contraria la fuerza biológica) debe ser rechazada desde la perspectiva del sí a la vida.

John Stuart Mill y el utilitarismo: La propuesta de Nietzsche es exactamente la contraria del utilitarismo. El hombre superior no se mueve por interés, sino que es exactamente todo lo contrario: es absolutamente desinteresado. La vida no es un cálculo sino una fuerza, un poder. El utilitarismo busca el máximo bien pero no para la vida, sino para la sociedad (felicidad agregada) – y eso es algo absolutamente contrario al individualismo vitalista que propugna Nietzsche. El utilitarismo es una filosofía nihilista porque implica la idea que la felicidad importante es la de colectividad (*hay ... una singular y unánime armonía en la idea de que el ego debe eclipsarse*). Sin embargo, lo único realmente existente es el individuo. Una vida basada en el cálculo racional como la que proponen los utilitaristas (*No se cansan, los que así piensan, de ponderar todo lo que tiene de mala, dispendiosa, lujosa, hostil y pródiga la vida individual*) sería negadora de la vida que es creación y no cálculo. La utilidad tal como la entienden los utilitaristas es la de los antiguos valores cristianos (humildad, laboriosidad, piedad). Y evidentemente Nietzsche no puede aceptar el principio utilitarista según el cual todos los intereses y todos los individuos valen por igual, imparcialmente, en el cálculo utilitarista. Para Nietzsche está muy claro que las personas nunca pueden ser iguales: el creador vale siempre más que el rebaño. En este sentido el igualitarismo es miope y

peligroso para la creatividad, que exige hombres superiores. Si algo es cristiano en lo más profundo de su ser, aunque proclame no creer en Dios, sino solo en el cálculo racional, eso es el utilitarismo.

Contra el emotivismo: Nietzsche pensaba que su ética, como la de Kant era absolutamente universalizable. Expandir la vida y ser creador es para él un imperativo. Su filosofía propone, eso sí, un imperativo categórico absolutamente distinto al kantiano. Está vinculado a la vida; propone ser creador, ser expresión de la voluntad de poder. En cambio, el utilitarismo no puede ser universalizado. Los intereses y las emociones son siempre personales, subjetivos y cambiantes. El utilitarismo y el emotivismo son nihilistas, proponen solo una felicidad de rebaño (*Se juzga bueno todo lo que en alguna forma corresponde al instinto de agrupación y a sus varios subinstintos*) Nietzsche también está en contra de una versión puramente primaria de la felicidad. Maximizar la felicidad, como proponen los utilitaristas, y valorar solo lo que nos hace felices, es una posición ingenua. Nietzsche considera que el dolor, el sufrimiento intelectual y la lucha por la superación personal no solo necesario sino imprescindible para la vida del creador.

Moral de señor: El hombre instintivo es superior al hombre conceptual y calculador. El utilitarismo es una falsa salida a la moral porque no se basa en los valores creadores, sino en el cálculo, en lo más pequeño e interesado, en vez de basarse en la valoración de la vida expandida y creadora. Así el utilitarismo es una moral de la manada o de las masas, pero no una moral de la vida expansiva. El utilitarismo es cristiano porque sigue manteniendo la importancia de las pequeñas virtudes: el ahorro, el cálculo, el ascetismo, cuando lo único importante desde el punto de vista de la moral de señor es expandir la vida, ser creador. La felicidad de la moral de señor no es cómoda ni benevolente, sino que nace la lucha. La propuesta de los positivistas y de los utilitaristas (*“vivir para los demás”*) desnaturaliza la vida. Con la muerte de Dios se produce un vacío en el sentido de la vida y los individuos están desamparados. (*Quizá no existe ahora preocupación más extendida que la de creer que se sabe efectivamente en qué consiste la moral.*) La propuesta nietzscheana es la afirmación de la creatividad porque la vida es un criterio superior a cualquier cálculo.